

## Z. MARCAS

---

AL SEÑOR DON GUILLERMO DE WURTEMBERG

Como una prueba de la respetuosa gratitud del autor.

No he visto nunca, ni aun entre la gente más notable de aquel tiempo, una persona cuyo aspecto fuese más sorprendente que el de aquel hombre. En primer lugar, el estudio de su fisonomía inspiraba un sentimiento lleno de melancolía, y acababa por producir una sensación casi dolorosa. Existía cierta armonía entre la persona y el nombre. Aquella Z que precedía al Marcas, que se veía en la dirección de sus cartas y que no olvidaba nunca en sus firmas, aquella última letra del alfabeto ofrecía al alma un no sé qué fatal.

¡MARCAS! Repetís este nombre compuesto de dos sílabas; ¿no le encontráis una significación siniestra? ¿no os parece que el hombre que lo llevé tiene que ser martirizado? Sin embargo, aunque raro y salvaje, este nombre tiene derecho á pasar á la posteridad: está bien compuesto, se pronuncia fácilmente y tiene esa brevedad que exigen los nombres célebres. ¿No es tan dulce como extravagante?; pero ¿no os parece también que está sin acabar? No seré yo ciertamente el que asegure que los nombres no ejercen influencia ninguna en el destino. Entre los hechos de la vida y el nombre de los hombres, existen secretas é inexpli-

cables concordancias ó visibles contrastes que sorprenden; muchas veces se han revelado por el nombre correlaciones lejanas, pero eficaces y que han producido su efecto. Nuestro globo está lleno y todo depende de ellas. ¡Quién sabe! acaso algún día se volverá al estudio de las ciencias ocultas.

¿No veis en la construcción de la Z una marcha contrariada? ¿no representa el zigzag aleatorio y fantástico de una vida atormentada? ¿Qué viento ha soplado sobre esa letra que, en todas las lenguas de que forma parte, apenas domina en cincuenta palabras? Marcas se llamaba Zurbano. San Zurbano es un santo muy venerado en Bretaña. Marcas era, pues, bretón.

Examinad aún este nombre: ¡Z. Marcas! Toda la vida de este hombre se resume en el conjunto fantástico de estas siete letras. ¡Siete! el más significativo de los números cabalísticos. Este hombre murió á los treinta y cinco años, de modo que su vida se compuso de siete lustros. ¡Marcas! ¿No tenéis idea de algo precioso que se rompe al caer, con ó sin ruido?

Acababa yo la carrera de derecho en París, en 1836. Vivía entonces en una posada destinada únicamente á hospedar estudiantes, una de esas posadas cuya escalera da vueltas en el fondo, alumbrada primero por la luz que penetra por la puerta de la calle, después por días de sufrimiento, y por fin por la luz de la claraboya. Había allí cuarenta cuartos amueblados como se amueblan los cuartos destinados á estudiantes. ¿Qué más necesita la juventud que lo que había allí?: una cama, algunas sillas, una cómoda, un espejo y una mesa. Tan pronto como ve el cielo azul, el estudiante abre su ventana. Pero en aquella calle no había vecinas á quien cortejar. Enfrente el Odeón, cerrado hacía ya mucho tiempo, opone á las miradas sus paredes que empiezan á ennegrecerse, las ventanitas de los palcos y su gran tejado de pizarra. Yo no era bastante rico para tener un buen cuarto, y ni

siquiera para poder tener uno para mí solo. Justo y yo participábamos de uno con dos camas, situado en el quinto piso.

De aquel lado de la escalera no había más que nuestro cuarto y otro ocupado por Z. Marcas, nuestro vecino. Justo y yo estuvimos cerca de seis meses ignorando por completo esta vecindad. Una anciana que administraba la posada, nos había dicho que el cuartito estaba ocupado, pero había añadido que no nos molestaría gran cosa, porque el inquilino era hombre excesivamente tranquilo. En efecto: durante seis meses no encontramos nunca á nuestro vecino ni oímos ruido en su casa, á pesar del poco espesor del tabique que nos separaba, que era uno de esos tabiques hechos con latas y yeso, tan comunes en las casas de París.

Nuestro cuarto, que tenía unos siete pies de altura, estaba empapelado con un papel muy malo, de un color azul sembrado de flores. El piso tenía un color que denotaba que hacía mucho tiempo que no había sido encerado. Delante de nuestras camas no teníamos más que una mala estera. La chimenea desembocaba demasiado pronto en el tejado, y ahumaba tanto que nos vimos obligados á hacerla, á expensas nuestras un poco más alta. Nuestras camas eran unas de esas camitas semejantes á las de los colegios. Sobre la chimenea no había nunca más que dos candeleros de cobre con ó sin bujías, nuestras dos pipas, tabaco desparramado ó en algún paquete, y los pequeños montoncitos de ceniza que depositaban allí nuestras visitas ó que amontonábamos nosotros mismos cuando fumábamos cigarros. Dos cortinas de india pendían de unas varillas colocadas en la parte superior de la ventana, y á ambos lados de ésta se veían dos cuerpos de biblioteca de cerezo, de esos que conocen todos los que han callejado por el barrio latino, y donde nosotros poníamos nuestros pocos libros necesarios para nuestros estudios. La tinta

estaba siempre en el tintero como la lava coagulada en el cráter de un volcán. ¿No puede hoy cualquier tintero convertirse en un Vesubio? Las plumas retorcidas servían para limpiar nuestras pipas. Al contrario de lo que ocurre según las leyes del crédito, el papel era en nuestra habitación mucho más raro que el dinero.

¿Cómo es posible que los jóvenes puedan permanecer en semejantes posadas? Por eso los estudiantes estudian en los cafés, en el teatro, en los paseos del Luxemburgo, en casa de las modistillas, en todas partes, hasta en la Escuela de derecho, menos en su horrible cuarto, horrible siempre que se trata de estudiar, y encantador cuando se charla y se fuma en él. Poned un mantel sobre aquella mesa, figuraos la comida improvisada que sirve el mejor fondista del barrio, cuatro cubiertos y dos muchachas, haced litografiar esta escena interior, y no habrá nadie que pueda menos de sonreír.

No pensábamos más que en divertirnos. La razón de nuestros desórdenes era una razón tomada de lo que la política actual tiene de más serio. Justo y yo no veíamos ningún porvenir en las dos profesiones que nuestros padres nos obligaban á abrazar. Para cada pleito y para cada enfermo hay cien abogados y cien médicos. La multitud obstruye estas dos vías que parecen conducir á la fortuna y que son dos palestras; se lucha y se mata en ellas, no con el arma blanca ni con el arma de fuego, sino con la intriga y la calumnia, con horribles trabajos y con campañas intelectuales tan homicidas como lo fueron las de Italia para los soldados republicanos. Hoy que todo es combate de inteligencia, es preciso saber permanecer sentado cuarenta y ocho horas en un sofá y ante una mesa, del mismo modo que permanecería un general dos días en la silla de un caballo. La afluencia de los postulantes ha obligado á la medicina á dividirse en categorías; hoy hay la medicina que escribe, la medi-

cina que profesa, la medicina política y la medicina militante; cuatro maneras diferentes de ser médico, cuatro secciones que están ya llenas. Respecto á la quinta división, á la de los doctores que venden remedios, hay una gran competencia, y se baten en ella á golpes de anuncios informes colocados en las paredes de París. En todos los tribunales hay casi tantos abogados como causas. El abogado se ha dedicado al periodismo, á la política y á la fortuna. Finalmente, el Estado, al ver la competencia y el afán que hay por los más insignificantes empleos de la magistratura, ha acabado por exigir cierta fortuna á los solicitantes. La cabeza piriforme del hijo de un tendero rico es preferida á la cabeza cuadrada de un joven de talento sin un céntimo. Trabajando con entusiasmo, desplegando toda su energía, un joven que parta de cero, puede encontrarse, al cabo de diez años, por debajo del punto de partida. Hoy el talento tiene que tener la suerte que hace lograr su objeto y deseos á la incapacidad; es más, si falta á las bajas condiciones que proporciona el éxito á las rastreras medianías, no llegará nunca á ser nada.

Si conocíamos perfectamente nuestra época, nos conocíamos también á nosotros mismos y preferíamos la ociosidad de los pensadores á una actividad sin objeto, la molicie y el placer á los trabajos inútiles que hubiesen fatigado nuestro valor y hubiese agotado nuestras mejores energías intelectuales. Habíamos analizado el estado social riéndonos, fumando y paseándonos; pero no por eso eran menos juiciosas ni menos profundas nuestras conversaciones y reflexiones.

Al mismo tiempo que observábamos el ilotismo á que está condenada la juventud, nos asombrábamos de la brutal indiferencia del poder por todo lo que afecta á la inteligencia, al pensamiento y á la poesía. ¡Qué miradas cambiábamos muchas veces Justo y yo cuando, al leer los periódicos, nos enterábamos de los

acontecimientos políticos, comentando las sesiones de las cámaras y discutiendo la conducta de una corte cuya voluntaria ignorancia sólo puede compararse á la simpleza de los cortesanos, á la vulgaridad de los hombres que forman un cerco en torno del nuevo trono, todos sin talento ni alcances, sin gloria ni ciencia y sin influencia ni grandeza! ¡Qué mayor elogio de la corte de Carlos X que la corte actual, si es que á esto puede llamársele corte! ¡Qué odio contra el país en la naturalización de vulgares extranjeros, entronizados en la Cámara de los pares! ¡Qué negación de justicia! ¡qué insulto hecho á los talentos y ambiciones nacidos en el suelo! Mirábamos todas aquellas cosas como si fuese un espectáculo, y las lamentábamos, sin tomar resolución alguna.

Justo, á quien nadie fué á buscar y que no hubiera ido á buscar á nadie, era á los veinticinco años un profundo político, un hombre de una aptitud maravillosa para percibir las relaciones lejanas entre los hechos presentes y los hechos futuros. En 1831 me dijo lo que tenía que ocurrir y que ocurrió: los asesinatos, las conspiraciones, el reinado de los judíos, la penuria causada por los movimientos de Francia, la escasez de inteligencia en la clase superior y la abundancia de talentos en las clases bajas, donde los más hermosos caracteres se extinguen bajo las cenizas del cigarro. ¿Qué hacer? Su familia quería que fuese médico. Ser médico ¿no equivalía á tener que esperar veinte años para procurarse una clientela? ¿Sabéis lo que ha sido de él? No, ¿verdad? Pues bien, es médico, pero ha dejado la Francia y está en Asia. En este momento sucumbe acaso á la fatiga en un desierto, muere sin duda bajo los golpes de una horda salvaje, ó es quizá primer ministro de algún príncipe indio. Mi vocación, por mi parte, es la acción. Salido á los veinte años de un colegio, me era imposible estudiar para militar á no ser sentando plaza de soldado, y cansado de la triste perspectiva que ofrece el

estado de abogado, adquirí los conocimientos necesarios para un marino. Imito á Justo, abandono á Francia, donde para hacerse plaza se gastan el tiempo y la energía necesarios para más altas creaciones. Imítadme, amigos míos, yo voy allí donde puede uno dirigir su destino á su antojo.

Estas grandes resoluciones fueron tomadas fríamente en la habitación aquella de la posada de la calle de Corneille, al mismo tiempo que íbamos al baile de Musard y á cortejar con las alegres jóvenes, haciendo una vida loca é indolente en apariencia. Nuestras resoluciones y nuestras reflexiones fueron maduras largo tiempo. Marcas, nuestro vecino, fué en cierto modo el guía que nos llevó al borde del precipicio ó del torrente, el que nos lo hizo medir, y el que nos mostró de antemano cuál sería nuestro destino si nos dejábamos caer en él. El fué quien nos puso en guardia contra las prórrogas que concede la miseria y que sanciona la esperanza, aceptando posiciones precarias en que se lucha, dejándose llevar por la corriente de París, ese gran cortesano que os toma y os deja con la misma facilidad, que consume las mayores voluntades con esperas engañosas, y en donde el Infortunio es entretenido por la Suerte.

Nuestro primer encuentro con Marcas nos causó una especie de deslumbramiento. Cuando volvíamos de las clases, antes de la hora de comer, acostumbrábamos siempre á subir á nuestras habitaciones y permanecíamos un momento en ellas esperándonos uno á otro, para saber si había alguna variación en nuestros planes de la noche. Un día, á las cuatro de la tarde, Justo vió á Marcas en la escalera; yo lo encontré cuando estaba ya en la calle. Estábamos entonces en el mes de noviembre, y Marcas iba sin abrigo; llevaba unos zapatos de gruesas suelas, un pantalón de lona que le llegaba hasta los pies, y una levita azul cerrada y abotonada hasta el cuello, que daba á su busto cierto aire militar, tanto más cuanto que lle-

vaba una corbata negra. Este traje no tiene nada de extraordinario, pero guardaba perfecta armonía con los modales y la fisonomía de aquel hombre. Al verle, mi primera impresión no fué la sorpresa, ni el asombro, ni la tristeza, ni el interés, ni la piedad, sino una curiosidad que participaba de todos estos sentimientos. Andaba muy despacio, con paso que denotaba profunda melancolía, y la cabeza inclinada hacia adelante, aunque no hundida como acostumbra á llevarla los que saben que son culpables. Su cabeza grande y bien conformada, que parecía contener los tesoros necesarios para un ambicioso de primer orden, parecía que iba cargada de pensamientos; sucumbía bajo el peso de un dolor moral, pero no había el menor indicio de remordimientos en sus facciones. Respecto á su cara, quedará descrita con dos palabras. Según una opinión bastante popular, no hay cara humana que no tenga semejanza con algún animal. El animal á que se parecía Marcas era el león. Sus cabellos parecían la melena; su nariz era corta, aplastada, ancha y hendida por la punta como la del león; tenía la frente partida como la de este animal, por un surco pronunciado que la dividía en dos vigorosos lóbulos. Finalmente, sus velludos pómulos, que la sequedad de sus mejillas contribuía á hacer más salientes, su boca enorme y sus mejillas enjutas, estaban animadas por un no sé qué de arrogante, y realzadas por un colorido lleno de tonos amarillentos. Este rostro tan terrible parecía iluminado por dos luces, dos ojos negros, pero de una dulzura infinita, serenos, penetrantes y llenos de pensamientos. Si se me permite la frase, diré que sus ojos estaban humillados. Marcas temía mirar, más bien que por él, por aquellos á quienes dirigía sus fascinadoras miradas; poseía un poder y no quería ejercerlo; iba huyendo el encuentro con los transeuntes y temblaba ante la idea de que pudiesen fijarse en él. Aquello no era modestia, sino resignación; pero no la resignación cristiana

que implica la caridad, sino la resignación aconsejada por la razón que ha demostrado la inutilidad momentánea de los talentos, y la imposibilidad de penetrar y vivir en el medio que nos es propio. Aquella mirada podía convertirse en rayo en ciertos momentos. De aquella boca debía salir una voz tonante, pues se parecía mucho á la de Mirabeau.

—Acabo de ver en la calle á un hombre extraordinario, dije á Justo al entrar.

—Debe ser nuestro vecino, me respondió Justo haciéndome la descripción del hombre que yo había encontrado. Un hombre que vive como una cucaracha tenía que ser así, dijo después de terminar de hacer su descripción.

—¡Qué abatimiento! ¡qué grandeza!

—El uno está en razón de la otra.

—¡Cuántas esperanzas frustradas! ¡cuántos proyectos abortados!

—¡Siete leguas de ruinas, obeliscos, palacios, torres! ¡las ruinas de Palmira en el desierto! me dijo Justo riéndose.

Llamábamos á nuestro vecino las ruinas de Palmira. Cuando salimos para ir á comer al triste fonducho de la calle del Harpe, donde estábamos abonados, preguntamos el nombre del número 37, y entonces oímos el prestigioso nombre de Z. Marcas. Como niños que éramos, repetimos más de cien veces, y con las inflexiones más variadas, burlonas ó melancólicas, aquel nombre cuya pronunciación se prestaba para nuestras bromas. Justo llegó por momentos á pronunciar la Z imitando al cohete á su salida, y, después de pronunciar con énfasis la primera sílaba del nombre, imitaba una caída con la sorda brevedad con que pronunciaba la última.

—¡Ah! ¿dónde y cómo vivirá ese hombre?

De esta pregunta al inocente espionaje que aconseja la curiosidad, no había más que el intervalo exigido para la ejecución de nuestro proyecto. En lugar

de callejear, volvimos provistos de sendas novelas y nos pusimos á leer al mismo tiempo que escuchábamos. En medio del profundo silencio de nuestras bohardillas, oímos el suave y acompasado ruido producido por la respiración de un hombre que duerme.

—Duerme, dije á Justo, pues yo había sido el primero en observar este hecho.

—A las siete de la tarde, me respondió el doctor.

Tal era el nombre que yo daba á Justo, el cual, á su vez, me llamaba el ministro de justicia.

—Es preciso ser muy desgraciado para dormir tanto como duerme nuestro vecino, dije saltando sobre nuestra cómoda con un enorme cuchillo en la mano, cuyo mango estaba provisto de un sacacorchos.

Hice en la parte superior del tabique un agujerito redondo del tamaño de un real de plata. No había pensado en que no tenía luz, y cuando apliqué el ojo al agujero, no vi más que tinieblas. Cuando á eso de la una de la mañana, después de haber acabado de leer las novelas, íbamos á desnudarnos, oímos ruido en el cuarto de nuestro vecino, que se levantó, hizo sonar una cerilla y encendió su luz. Volví á subir á la cómoda, y entonces vi á Marcas sentado á su mesa y copiando documentos. Su cuarto era la mitad más pequeño que el nuestro, y su cama ocupaba un rincón al lado de la puerta; pues el espacio ocupado por el descansillo, mermaba parte de su habitación, y el terreno en que la casa estaba construída debía ser irregular, porque su habitación tenía la forma de un trapecio. No había chimenea, y sí únicamente una pequeña estufa de porcelana blanca con manchas verdes, cuyo tubo salía por el tejado. La ventana abierta en una de las paredes estaba provista de unas malas cortinas encarnadas. Un sofá, una mesa y una miserable mesilla de noche componían el mueblaje. Ponía su ropa en un armario practicado en una de las paredes. El papel que cubría á éstas era horroroso. Indu-

dablemente, hasta que Marcas había ido, aquella habitación sólo había estado ocupada por algún criado.

—¿Qué has visto? me preguntó el doctor cuando bajé.

—Mira tú mismo, le respondí.

Al día siguiente á las nueve y media de la mañana, Marcas estaba acostado. Había almorzado un pedazo de longaniza, y nosotros vimos en un plato, entre las migajas de pan, los restos de este alimento que nos era tan conocido. Marcas dormía, y no se despertó hasta las once. Se puso á copiar el documento de por la noche, que estaba sobre la mesa. Al bajar, preguntamos el precio de aquel cuarto y supimos que pagaba quince francos mensuales. Al cabo de algunos días, conocimos ya perfectamente el género de vida de Z. Marcas. Hacía copias á tanto el pliego sin duda, por cuenta de una agencia que había en el patio de la Saint-Chapelle; trabajaba durante la mitad de la noche; después de haber dormido de seis á diez, volvía á reanudar su trabajo hasta las tres de la tarde; salía entonces para llevar sus copias antes de comer, y se iba á llenar esta necesidad á la calle Michel-le-Comte, á casa de Mizeraí, que hacía pagar cuarenta y cinco céntimos por comida, y á las seis volvía á acostarse. Nos quedó demostrado evidentemente que Marcas no pronunciaba quince frases al mes, no hablaba con nadie ni se decía una palabra á sí mismo en su horrible bohardilla.

—Es indudable que las ruinas de Palmira están terriblemente silenciosas, exclamó Justo.

Este silencio, en un hombre cuyo exterior era tan imponente, tenía algo de profundamente significativo. Algunas veces, al encontrarnos con él, cambiábamos miradas llenas de pensamientos por una y otra parte; insensiblemente, aquel hombre pasó á ser objeto de una íntima admiración, sin que pudiésemos explicarnos la causa. ¿Dependía de sus costumbres secretas, de su regularidad monástica, de su frugalidad de so-

litarío, de su obstinado trabajo que permitía al pensamiento permanecer neutro ó ejercitarse, y que acusaba la espera de algún acontecimiento feliz ó de una determinación hecha? Después de habernos paseado mucho tiempo por las ruinas de Palmira, las olvidamos; ¡éramos tan jóvenes! Después, vino el carnaval, ese carnaval parisiense que, en lo sucesivo, sobrepujará al antiguo carnaval de Venecia, y que, dentro de algunos años, atraerá á Europa á París, si algunos ridículos prefectos de policía no se oponen á ello. Debía de tolerarse el juego durante el carnaval; pero los estúpidos moralistas que han hecho suprimir el juego no restablecerán esa llaga necesaria hasta que se pruebe que Francia va á dejar sus millones á Alemania.

Como ocurre á todos los estudiantes, aquel carnaval fué causa para nosotros de una gran miseria. Nos habíamos deshecho de los objetos de lujo, habíamos vendido nuestras levitas de repuesto, nuestras botas y nuestros chalecos, en una palabra, todo lo que teníamos doble, excepto de nuestro amigo. Comíamos pan y s. Ichichas, andábamos con precaución, nos habíamos puesto á trabajar, debíamos dos meses de posada, y estábamos seguros de tener en la portería sendas facturas de cuarenta á cincuenta francos. Ya no íbamos atolondrados y alegres al atravesar el último descanso de la escalera, que procurábamos evitar pegando un salto desde el último tramo á la calle. El día que faltó el tabaco á nuestras pipas, nos apercibimos de que hacía algún tiempo que comíamos el pan sin ninguna clase de manteca. Nuestra tristeza fué inmensa.

—¡Sin tabaco! dijo el doctor.

—¡Y sin abrigos! dijo el ministro de justicia.

—¡Ah! necios, ¡os disfrazasteis de postillones! ¡habéis querido gozar, almorzando por la mañana y comiendo por la noche en casa de Beri, y á veces en el Rocher de Cancale!... Pues bien, ¡á pan seco, caba-

lleritos! ¡Debíais dormir debajo de la cama, dije ahuecando la voz, porque sois indignos de dormir encima!

—Sí, pero, ministro de justicia, el caso es que no tenemos tabaco, dijo Justo.

—Ya es tiempo de escribir á nuestras tías, á nuestras madres y á nuestras hermanas diciéndoles que no tenemos ropa y que las calles de París serían capaces de romperla aunque fuera de alambre. Resolvemos un hermoso problema de química cambiando la ropa en dinero.

—Sí, pero ¿cómo nos arreglaremos para vivir hasta que contesten?

—Yo voy á hacer un empréstito yendo á casa de un amigo mío, que seguramente no habrá agotado sus capitales.

—Y ¿cuánto encontrarás?

—¡Toma! diez francos, respondí yo con orgullo.

Marcas lo había oído todo; eran las doce del día, llamó á nuestra puerta y nos dijo:

—Señores, aquí tienen ustedes tabaco; ya me lo devolverán cuando puedan.

Quedamos admirados, no de la oferta, que fué aceptada, sino de la riqueza, de la profundidad y de la plenitud de aquel órgano, que sólo puede compararse á la cuarta cuerda del violón de Paganini. Marcas desapareció sin esperar á que le diésemos las gracias. Justo y yo nos miramos en silencio. ¡Ser socorridos por quien evidentemente era más pobre que nosotros! Justo se puso á escribir á toda su familia y yo fui á negociar el préstamo. Yo encontré veinte francos en casa de un compatriota. En aquellos desgraciados buenos tiempos, el juego existía aún, y en sus venas, duras como las vetas del Brasil, los jóvenes, arriesgando poca cosa, tenían probabilidad de ganar algunas monedas de oro. El compatriota tenía tabaco turco traído de Constantinopla por un marino, y me dió otro tanto como el que habíamos recibido de Z. Marcas. Llevé la rica carga al puerto, y fuimos

triumfalmente á devolver al vecino una voluptuosa y rubia cantidad de tabaco turco en cambio de su tabaco de sargento.

—No han querido ustedes deberme nada, dijo, y me devuelven oro por cobre. Son ustedes muchachos... pero buenos muchachos.

Estas tres frases, dichas en diferentes tonos, fueron acentuadas de diversas maneras. Las palabras no eran nada, sino el acento... ¡Ah! el acento parecía denotar que éramos amigos hacía ya diez años. Al oírnos llegar, Marcas había escondido sus copias; comprendimos que hubiera sido una indiscreción hablarle de sus medios de existencia, y nos sentimos avergonzados por haberle espiado. El armario estaba abierto, y no había en él más que dos camisas, una corbata blanca y una navaja de afeitar. La navaja de afeitar me hizo temblar. Un espejo, que podía valer unos cinco francos, estaba colgado cerca de la ventana. Los gustos sencillos y raros de aquel hombre tenían una especie de grandeza salvaje. El doctor y yo nos miramos para saber lo que debíamos responder. Justo, al verme azorado, preguntó con desenvoltura á Marcas:

—¿Cultiva el señor la literatura?

—¡Me he guardado bien de hacerlo! respondió Marcas, no sería tan rico como soy.

—Yo creía, le dije, que la poesía era la única que podía sostener á un hombre en la mala situación en que nosotros nos encontramos.

Mi reflexión hizo sonreír á Marcas, y esta sonrisa dió cierta gracia á su cara amarilla.

—También la ambición es muy severa para los que no logran salir airoso, dijo. Por eso les aconsejo que ustedes, que empiezan ahora la vida, vayan por los senderos trillados, que no piensen en llegar á ser superiores, porque estarían ustedes perdidos.

—¿Nos aconseja usted que sigamos siendo lo que somos? dijo sonriendo el doctor.

La juventud tiene en sus bromas una gracia tan comunicativa é infantil, que la frase de Justo hizo sonreír de nuevo á Marcas.

—¿Qué acontecimientos han podido sugerir á usted esa horrible filosofía? le dije.

Olvidé aún una vez más que la suerte es el resultado de una inmensa ecuación cuyas raíces no nos son todas conocidas. Cuando se parte de cero para llegar á la unidad, las probabilidades son incalculables. Para los ambiciosos, París es una inmensa ruleta, y todos los jóvenes creen que han de encontrar en ella una victoriosa martingala.

Nos presentó el tabaco que yo le había dado, para invitarnos á fumar con él; el doctor fué á buscar nuestras pipas, Marcas cargó la suya, y después vino á sentarse á nuestro cuarto llevándose consigo el tabaco, porque en su habitación no había más que una silla y un sofá. Ligero como una ardilla, Justo bajó y apareció con un muchacho que llevaba tres botellas de vino de Burdeos, queso de Brie y pan.

—Bueno, dije para mis adentros sin engañarme en lo más mínimo, ¡quince francos!

En efecto, Justo colocó gravemente cinco francos sobre la chimenea.

Existen inconmensurables diferencias entre el hombre social y el que vive unido á la naturaleza. Una vez cogido, Toussaint Louverture murió sin proferir palabra. Napoleón, una vez en su roca, charló como una cotorra; quiso explicarse. En provecho nuestro únicamente, Z. Marcas cometió la misma falta. El silencio y toda su majestad sólo es propio del salvaje. No hay criminal que, pudiendo guardar sus secretos hasta el momento en que el verdugo hace caer su cabeza en el terrible cesto, no experimente la necesidad puramente moral de decírselos á alguien. Me equivoco. Hemos visto á uno de los Irocois del arrabal Saint-Marceau poniendo á la naturaleza parisiense á la altura de la naturaleza salvaje: un hombre, un republi-